

Clase y nación en la época contemporánea. ¿Identidades antinómicas o emparejables?

Nation and class in the contemporary age. Antinomic or paired identities?

Diego Díaz Alonso
Universidad de Oviedo

Steven Forti
Instituto de Historia Contemporánea –
Universidade Nova de Lisboa

Clase y nación, ¿identidades antinómicas o emparejables? Esa es la pregunta marco que planteamos en esta mesa sobre historia de las relaciones entre la nación y el movimiento obrero, y que se tradujo en un buen número de comunicaciones que *grosso modo* se han centrado más en esos “emparejamientos” que en las “antinomias”. Y es que mal que pese a aquellos sectores políticos e intelectuales que han tendido a presentar (o siguen presentando) las identidades nacionales y de clase como elementos antagónicos e irreconciliables, ciertamente ambas han tendido a presentarse frecuentemente “juntas y revueltas” en una realidad, que como siempre sucede, se nos presenta en su despliegue mucho más compleja y contradictoria de lo que podría parecer a tenor de algunos discursos políticos de las izquierdas. Los coordinadores de esta mesa, coincidimos, tal y como señala Eric J. Hobsbawm, en que los hombres y las mujeres nunca han escogido sus autoidentificaciones colectivas como un par de zapatos, a sabiendas de que sólo pueden ponerse un par al mismo tiempo. Los trabajadores no han olvidado por el hecho de serlo, también en el caso de los más politizados en un sentido socialista, otras importantes autoidentificaciones colectivas que les definen y atraviesan, como la

nacional. Incluso en determinados contextos de especial polarización, tales como conflictos bélicos, coloniales, étnicos, religiosos o lingüísticos, la mayoría de los trabajadores han tendido a privilegiar sus sentimientos nacionales sobre la solidaridad de clase como lealtad suprema, por encima de fronteras, lenguas, etnias o religiones. Desde mediados del siglo XIX el movimiento obrero apostaría por el internacionalismo como doctrina: frente al nacionalismo de los Estados y de la burguesía, que conducía a la guerra y el enfrentamiento entre los trabajadores, el movimiento debía organizarse internacionalmente, construyendo una solidaridad transfronteriza. Sin embargo, tampoco el movimiento obrero y sus discursos políticos, sobre todo a partir de que pasaron de los pequeños círculos militantes y alcanzaron una audiencia masiva, con la formación de grandes partidos socialistas, dejaron de presentarse empapados de una cierta “nacionalización” y de componentes patrióticos.

La tendencia de muchos trabajadores y sectores populares a movilizarse antes por sus afinidades nacionales, lingüísticas, religiosas y culturales, que por las reivindicaciones obreras y socialistas, anteponiendo los vínculos nacionales a los de clase, despertó en los líderes del socialismo tanto las reacciones antinacionalistas más viscerales, redoblando los esfuerzos propagandísticos por “despertar” a los obreros “engañados” por la burguesía, como otra respuesta, más pragmática, con la búsqueda de una “nacionalización” del discurso socialista, adaptándolo a las culturas políticas nacionales de su entorno. El nacionalismo tendría en el ala izquierda de la Segunda Internacional a sus más importantes detractores. Rosa Luxemburgo y Anton Pannekoek serían dos de los líderes socialistas más destacados en su oposición a los nacionalismos de todo tipo, tanto grandes como pequeños, con o sin Estado, que consideraban globalmente como una suerte de nuevo “opio del pueblo”, semilla de odios y divisiones entre los proletarios de los distintos países, lenguas y culturas. Esta corriente de izquierdas se oponía a aquellos socialistas republicanos que defendían la formulación de un patriotismo populista, como Jean Jaurés en Francia o Pablo Iglesias en España. También a quienes en el ala derecha del movimiento socialdemócrata asumían ciertos consensos burgueses y retóricas tomadas prestadas del imperialismo, como los laboristas británicos, o a los socialistas de las minorías sin Estado, que abogaban

por una hibridación entre socialismo y nacionalismo, como los socialistas polacos o los judíos del Bund.

La coincidencia entre el desarrollo de la Segunda Internacional y el apogeo de los diferentes nacionalismos europeos pondría el debate sobre la cuestión nacional en el primer término, pero frente al antinacionalismo de Luxemburgo y Pannekoek, Lenin, también adscrito al ala izquierda del movimiento socialdemócrata, introduciría la distinción táctica y estratégica entre el nacionalismo de los estados imperialistas, que debía ser combatido y cuya influencia ideológica entre la clase obrera organizada tacharía de “socialpatriotismo”, y el nacionalismo de los pueblos coloniales y de las minorías lingüísticas o culturales de los imperios, cuyo contenido revolucionario, democratizador y antiimperialista debía ser asumido por el movimiento socialista, apartando así a los trabajadores y campesinos de las colonias y los territorios sometidos al centralismo uniformizador, de la perniciosa influencia del nacionalismo burgués. Para el líder bolchevique el socialismo sólo sería popular en las colonias y entre los pueblos que rechazaban el centralismo de los grandes estados e imperios si asumía consignas democráticas como el derecho a la autodeterminación, a una administración propia o a la educación en la lengua materna. Con el triunfo de la revolución rusa y la formación de la Tercera Internacional las posiciones de Lenin se convertirían en la doctrina del estado soviético y del nuevo movimiento internacionalista. Los partidos comunistas debían abogar por la independencia de las colonias y por el republicanismo federal y el derecho a la autodeterminación de las minorías lingüísticas y culturales en los estados centralistas.

Tras la tragedia de la Gran Guerra y el desprestigio del “socialpatriotismo” que había apoyado “desde la izquierda” la entrada en el conflicto, los comunistas se mantendrían en un discurso 100% obrerista, refractario a abrazar en los Estados-nación capitalistas cualquier tipo de discurso patriótico populista o nacional popular. Algo que por el contrario encajaba mejor en la tradición socialdemócrata, que entendía al socialismo y a la clase obrera como representante de los intereses generales del conjunto de la nación. El fascismo presentaría la nación y el nacionalismo como síntesis superadora de la lucha de clases. Algunos socialistas, influidos tanto por los éxitos de la economía planificada soviética como por la solución al conflicto

de clase que proponía el corporativismo fascista evolucionarían hacia posiciones abiertamente nacionalistas en los años siguientes a la crisis de 1929. Este sería el caso de corrientes como el planismo del socialista belga Hendrik de Man y o el llamado neo-socialismo de los franceses Marcel Déat, Adrian Marquet y Pierre Renaudel, los cuales, abrazando la nación, acabaron muy rápidamente renegando también del marxismo.

El caso de los neo-socialistas no fue el único en la Europa de entreguerras: los dirigentes de partidos socialistas y comunistas que pasaron al fascismo fueron un número no desdeñable en los años veinte y treinta. Y fue justamente la nación el elemento principal que facilitó estos tránsitos, junto a otras “pasarelas”, como el valor otorgado a las minorías y a la acción, el mito de la revolución o la presencia de enemigos comunes (el capitalismo, la democracia liberal, el parlamentarismo, etc.). Dirigentes comunistas como Jacques Doriot en Francia, Nicola Bombacci en Italia y Óscar Pérez Solís en España o también socialistas tanto de los sectores más revolucionarios como de los más reformistas (desde Oswald Mosley entre los laboristas británicos hasta Alberto Malatesta entre los socialistas italianos) vivieron la que Philippe Burrin definió como una deriva fascista. Estas trayectorias individuales nos permiten reflexionar sobre otra cuestión que queda pendiente si intentamos entender las relaciones entre las identidades de clase y de nación en la época contemporánea y que muy raramente se quiere afrontar en todas sus vertientes: la manera en que los regímenes y los partidos fascistas se relacionaron con la clase obrera y el lenguaje que utilizaron para representar esta relación. Piénsese tan sólo en los nombres del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán o de la Ley de socialización de las empresas que aprobó la República Social Italiana en el ocaso de la parábola fascista. O en algunos proyectos y experiencias, como el corporativismo desarrollado por el régimen de Mussolini. El fascismo fue un organismo saprófago que utilizó también la cultura y la tradición política socialista pre-existente, modificándola, vaciándola de contenido y llenándola con otros significados.

El antifascismo en los años treinta y cuarenta permitiría sin embargo al comunismo y al conjunto de las izquierdas revolucionarias descubrir o redescubrir las potencialidades movilizadoras que podía tener la apelación a un cierto nacionalismo popular, democrático, interclasista y progresista

capaz de plantar cara al nacionalismo fascista. El llamamiento a los sentimientos patrióticos de la clase trabajadora y las capas populares ya no tenía porque significar un ejercicio de chovinismo o de socialpatriotismo, como en la Primera Guerra Mundial, sino la manera de oponer un “cortafuegos” al fascismo, disputando a las nuevas y agresivas derechas palabras como patria o nación. El tiempo de los frentes populares sería el de la articulación de un discurso nacional-popular, como había intuido y teorizado prematuramente Antonio Gramsci, capaz de sellar una alianza interclasista entre sectores obreros, campesinos y capas medias en torno a la defensa de la democracia y de ciertos principios de justicia social. La colaboración de la burguesía y los terratenientes en los países invadidos por el Eje con los ocupantes nazi-fascistas permitiría a las resistencias entrelazar en una misma lucha contenidos democráticos, patrióticos y sociales. El movimiento obrero debía liderar una coalición interclasista que defendiese los intereses de la mayoría de la nación frente a las elites fascistas o colaboracionistas. Las resistencias popularizarían este discurso patriótico popular, que se convertiría en la nueva cultura política hegemónica en Europa tras la derrota militar del nazi-fascismo.

Después de 1945, las izquierdas socialdemócratas y comunistas se abrirían paso con un discurso nacional-popular en defensa de un Estado robusto e intervencionista, capaz de garantizar el progreso de la clase trabajadora y del resto de las capas populares a través del fomento del sector público, la planificación económica y las políticas redistributivas. Esto les permitiría ocupar espacios de mayor centralidad política, pero a menudo a costa de desentenderse de la suerte de los pueblos coloniales y de las luchas de liberación nacional, asumiendo muchas veces el discurso imperialista y los consensos de las élites en materia de política exterior. En los países del bloque socialista el nacionalismo antifascista se convertiría en la ideología oficial del Estado: la clase obrera debía ser la columna vertebral de las nuevas patrias socialistas en construcción. Una retórica fervientemente nacionalista que contrastaba con la subordinación real de las democracias populares a los intereses de la política exterior soviética. No es por ello casual que los dirigentes comunistas, que como los yugoslavos, apostaban por una efectiva independencia de la URSS fuesen tachados de

“nacionalistas pequeño-burgueses” por el estado soviético y la ortodoxia del movimiento comunista internacional.

También en el mundo colonial y post-colonial los movimientos de emancipación de los años cincuenta y sesenta continuarían esa retórica nacionalista, interclasista y antiimperialista que había caracterizado a las resistencias antifascistas. Los frentes nacionales del mundo colonial serían el trasunto de los frentes populares europeos. Incluso aquellos movimientos de liberación nacional que más abiertamente se declaraban socialistas no rehuirían una retórica patriótica e interclasista. Para los revolucionarios tercermundistas el avance del socialismo en los países de la periferia capitalista exigía en primer lugar un proceso de emancipación del colonialismo o neocolonialismo que podía poner de acuerdo en torno a un programa de mínimos antiimperialista al campesinado, la clase obrera, las capas medias y a aquella parte de la burguesía que tenía un proyecto nacional propio. Precisamente la influencia de los nacionalismos tercermundistas en sectores juveniles de los nacionalismos sin Estado europeos, como el vasco o el irlandés, llevaría a un giro de estos a la izquierda entre finales de los años cincuenta y la década de los sesenta, llevando a la aparición de grupos armados que pretendían emular las guerra de guerrillas argelina, vietnamita o cubana. Para estos sectores la clase obrera debía ser el motor de un amplio frente nacional por la independencia de sus respectivos pueblos.

Frente a este panorama de hibridación entre los contenidos nacionales, democráticos y de clase, tan sólo sectores muy minoritarios y radicalizados de las izquierdas, como parte de los nuevos y los viejos, pero renacidos, “ismos” posteriores a 1968, se mantendrían fieles a discursos y retóricas completamente basados en la adhesión a la identidad de clase y enteramente refractarios a introducir algún tipo de componente nacional en su discurso.

Antes hemos analizado como al transformarse en un movimiento de masas el socialismo se iría empapando durante la Segunda Internacional de contenidos cada vez más nacionales y patrióticos. La interpretación del socialismo como portavoz de los intereses generales del conjunto de la nación, y no sólo como el movimiento sociopolítico de una clase concreta, llevaría a acercarse al socialismo de principios del siglo XX a diferentes intelectuales reformistas procedentes de las capas medias y de la pequeña burguesía. Estos sectores apostarían por un socialismo ordenado,

evolucionista y compatible con la democracia liberal, que de algún modo la perfeccionase y completase, dotando al Estado-nación surgido del contenido socioeconómico que este carecía. El socialismo como representación de la mayoría social sería el corolario de un patriotismo sano y bien entendido. La atracción por este socialismo nacional y reformista, al que como ya hemos visto atacarían con dureza los sectores más izquierdistas de la Internacional, es el tema que precisamente analizan las comunicaciones de Juan Bagur Taltavull e Ignacio Enrique Vittaca. Juan Bagur nos acerca a uno de los episodios menos conocidos de la vida intelectual y política de Ortega y Gasset: su militancia en el socialismo de inspiración fabiana. Ortega encontraría en el socialismo fabiano, que trató de trasplantar a España con la creación en 1907 de su correlato local, la sociedad fabiana de Madrid, y posteriormente, en 1914, de la Liga de Educación Política Española, una inspiración política para su proyecto regeneracionista. El abandono de la conflictividad, del obrerismo y la apuesta por el interclasismo y las vías gradualistas y estrictamente parlamentarias, debían ser las condiciones, dentro de la visión orteguiana, para que el PSOE, en el que llegó a estar afiliado, se convirtiese en un elemento positivo para la integración de la clase obrera en su proyecto regeneracionista y de vertebración de España. El filósofo, a pesar de sus simpatías hacia Pablo Iglesias, rechazaba el marxismo y aspiraba a una homologación del PSOE con los sectores más reformistas y moderados del laborismo y la socialdemocracia alemana.

El socialismo orteguiano presenta algunos paralelismos con la figura del argentino Manuel Baldomero Ugarte, otro intelectual, que como Ortega intuyó en el socialismo un vehículo para la puesta en marcha de un gran proyecto nacional, en su caso la construcción de una América española unificada. Para Ugarte el proyecto panamericano era inseparable del socialismo y viceversa, el socialismo latinoamericano debía pensar políticamente en términos continentales si quería prosperar. El autor de la comunicación, Ignacio Enrique Vittaca, señala como Ugarte, tras su ruptura con el Partido Socialista y su posterior filiación peronista seguiría manteniendo sus ideales panamericanistas y antiimperialistas, que en su opinión le emparentarían directamente con las posiciones ideológicas del

socialismo del siglo XXI de Hugo Chávez, y el proyecto transnacional de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América.

También centrado en las interconexiones entre socialismo y patriotismo, la comunicación de Segio Valero y Aurelio Martí deja clara las firmes patrióticas convicciones del PSOE de la Segunda República, y como tanto la izquierda y derecha del partido mantuvieron una clara adhesión a la idea nacional. Prietistas y largocaballeristas, pese a sus diferencias, no escatimaron nunca en los años treinta demostraciones de un españolismo popular y de clase. Por último, la interesante comunicación de Tommaso Milani entra de pleno en una de las más complejas cuestiones que hemos esbozado en estas páginas: la influencia de la Primera Guerra Mundial en las reflexiones políticas del socialismo europeo. Milani aborda la cuestión desde la biografía del ya mencionado Hendrik de Man, explicándonos su experiencia personal en el conflicto que devastó el Viejo Continente entre 1914 y 1918 y el impacto que tuvo en su vida y sobre su pensamiento. En el exhaustivo análisis que ofrece, el autor pone de relieve la importancia de esta experiencia para que de Man pueda re-descubrir la democracia y la nación, que no tenían protagonismo en la etapa anterior a la Gran Guerra y que estarían en la base de su obra capital, *Zur Psychologie des Sozialismus*, publicada en 1926.

Cristian Ferrer González aborda un tema que está cobrando interés en la reciente historiografía sobre el franquismo y la Transición, como es el de las resistencias y el cambio político en el campo español. Lo hace con una comunicación sobre una de las organizaciones pioneras del nuevo sindicalismo agrario español. Ferrer apunta la “naturalidad” con la que el nuevo movimiento campesino catalán abordó e incorporó la cuestión nacional catalana, con su apuesta por un discurso catalanista, federalista y de izquierdas, que era también el de sus principales impulsores políticos: el MSC y el PSUC. Un discurso más implícito que explícito y cuya traslación práctica sería la defensa de la autonomía catalana, el uso del catalán en sus materiales, y el impulso a la formación de la Coordinadora de Organizaciones Agrarias y Ganaderas, una organización de ámbito español, pero en la que cada una de sus partes gozan de soberanía. Una defensa de la coordinación con los campesinos y ganaderos del resto de España que no sería contradictoria con su voluntad de mantener una

relación más estrecha y fraternal con el movimiento campesino del País Valenciano y las Baleares. También referida a la cuestión pancatalanista, la comunicación de Manuel Lillo apunta la simpatía con la que se contempló el proceso de desmembración de la URSS por parte de *Els Temps*, una revista nacionalista catalana editada en Valencia. Para *Els Temps*, ubicada ideológicamente más o menos en el campo de una nueva izquierda no comunista, el fin de la URSS y del bloque socialista abría la posibilidad de una nueva primavera de las naciones y una reapertura del debate sobre las fronteras europeas, que parecía cerrado desde 1945. Lillo apunta el interés con el que la publicación siguió el resurgir de los nacionalismos en el Este y como la opresión nacional por parte de las repúblicas socialistas constituyó uno de las principales críticas de esta nueva izquierda al llamado socialismo real.

No podemos no considerarnos satisfechos del resultado de esta mesa, pese a que el número de las comunicaciones no ha sido grande, un dato que refleja, más bien, la dificultad que todavía existe para afrontar una temática resbaladiza y extremadamente compleja, que necesita aún ser estudiada con atención y detenimiento por los historiadores.